

TÚA Blesa EN MI MEMORIA

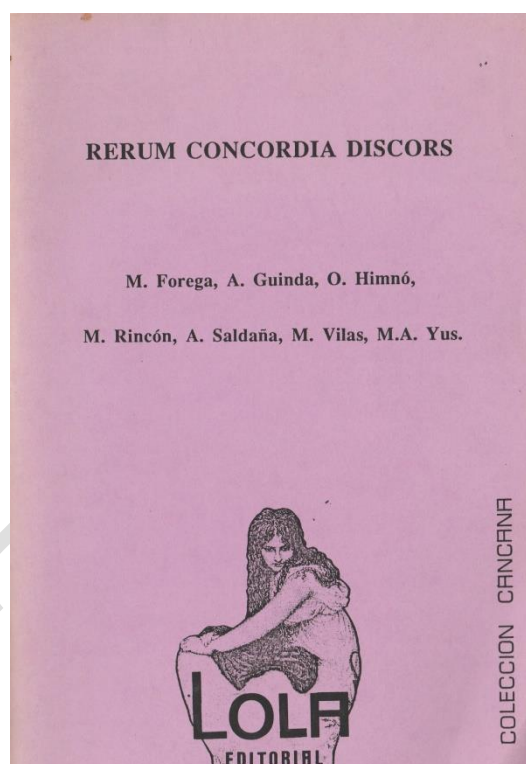
M. MARTÍNEZ-FOREGA

En septiembre de 1988, cité a un grupo de amigos (Alfredo Saldaña, Manuel Vilas, Miguel Yus y Antón Castro) para proponerle la creación de una editorial de poesía que se denominaría «Lola Editorial» (un homenaje a mi madre recientemente fallecida entonces). Se hicieron varias propuestas: desde las más modestas a las más osadas y alguna otra —debo decirlo— maravillosamente utópica. En cualquier caso, y poco antes de que solamente Alfredo Saldaña y yo siguiéramos adelante con aquel proyecto editorial, me encargué de preparar una prueba doméstica del que podría ser el formato de las futuras publicaciones, para el cual pedí al resto algunos poemas. A los de Saldaña, Vilas, Yus y míos se incorporaron otros textos de Mercedes Rincón, Ángel Guinda

y los de un poeta secreto que nunca quiso desvelar su nombre y que escribía bajo el pseudónimo de Odiseus Himnó.

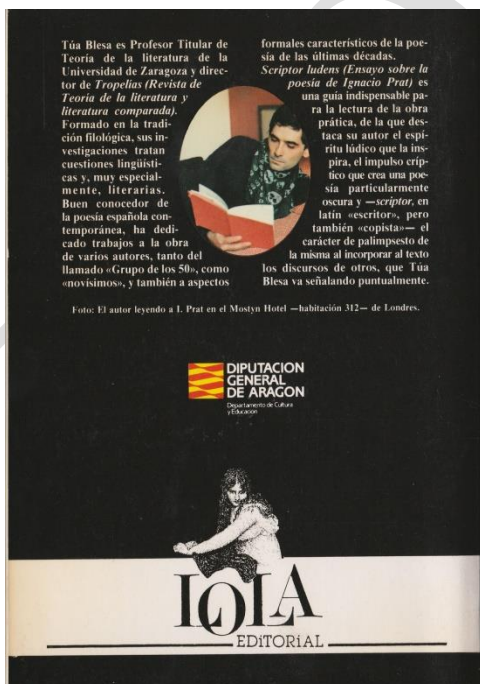
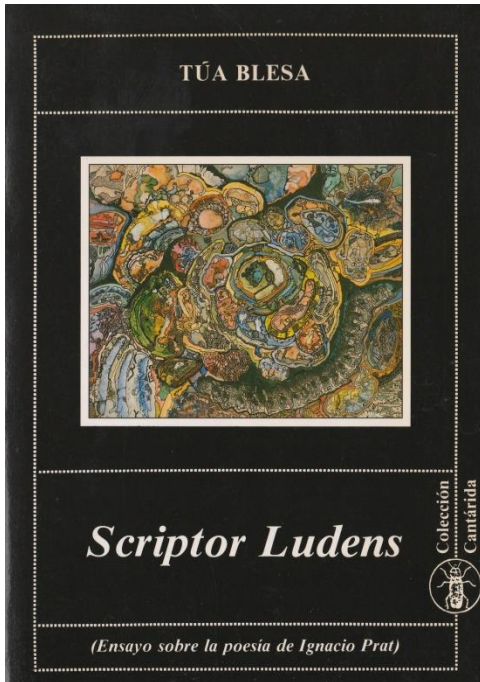
Le pedí a Iris Lázaro el diseño de un logo y, con su generosidad proverbial, me entregó un espléndido dibujo de resonancias *art nouveau* (más adelante, también diseñaría las portadas). A finales de octubre de 1988, el boceto de la colección «Cancana» de poesía de Lola Editorial, ilustrado con dibujos de Iris Lázaro y los enigmáticos «locos» de Manuel García Maya («Manolo Bonanza»), estaba listo con el título de *Rerum concordia discors*, sintagma de la *Epístola I* de Horacio y que Schopenhauer tomó para calificar la música sinfónica de Beethoven. No diré nada del valor intrahistórico que ese boceto tiene para la poesía aragonesa, pero sé que lo tiene, y mucho. Hoy, pasados treinta y dos años, sólo unos pocos sabemos quién era (quién es) Odiseus Himnó.

En el curso 1981-82, había tenido la fortuna de contar con Túa Blesa como profesor de Crítica literaria en la universidad de Zaragoza. Era un profesor distinto (y siguió siéndolo); era también una persona diferente y no ha dejado de serlo. Lo singularizaban ambos caracteres: distinción y



divergencia. Lola Editorial cumplía en 1990 dos años de actividad y su colección «Cancana» contaba con dos títulos: *Con la misma piedra*, de Benito Muñoz Montes, y *La forma del mundo*, de Eugenio Montale, en traducción de Carlos Vitale. En 1990 el profesor Blesa había concluido su estudio sobre la poesía del prematuramente desaparecido Ignacio Prat. Se sabe oficiosamente que fue Prat el verdadero impulsor de la célebre antología *Nueve novísimos poetas españoles*, y que alguna razón no confesada públicamente (aunque conocida) determinó su exclusión del florilegio barcelonés. Ignacio Prat, además de zaragozano novísimo, era, sobre todo, un rarísimo zaragozano, y, desde luego, un renovador extremo respecto de la poesía que se escribía en

aquel final de la década de 1960 necesitada imperiosamente de un lenguaje y de una morfología nuevos capaces de superar el tinte puramente ideológico y la consigna reiteradamente política del discurso de la mal llamada, a mi juicio, «poesía social». Dos *plaquettes* de Ignacio Prat (*Parati* y *Trenza*) dan idea de cuál era su propósito y propuesta renovadores que nada tenían que ver ni con el venecianismo ni con el sello anglófilo —por citar sólo dos corrientes estilísticas, y tal vez las mejores— de aquella antología presentada por José María Castellet, pero conducida al parecer por otra mano (esta vez sí cupo pedirle peras al olmo). Lola Editorial no tenía pensado publicar otros géneros que no fuera poesía; sin embargo, *Scriptor ludens* (*Ensayo sobre la poesía de Ignacio Prat*) inauguró la colección «Cantárida» de ensayo. Imperativamente y por varias razones: la principal, la estrictamente académica junto al intrínseco valor científico y revelador que suponía título tan sugestivo sobre un autor tan heterodoxo como el ensayista y que, naturalmente, prestigiaba los primerísimos pasos de Lola Editorial; la relación personal que había crecido entre ambos desde su magisterio en la facultad y que se extendió a su hermosa compañera Elena Pallarés (también conocí a «Malva», a quien le escribí un poema imaginario inencontrable, pero que recuerdo haberlo escrito con tinta violeta «Waterman», sobre cartulina «Ivory» y con péñola espiral de cristal verde de Murano); y la amistad con Alfredo Saldaña, a la sazón doctorando de Túa Blesa, y con quien yo compartía no sólo entusiasmo literario, sino también ánimo editorial (Alfredo fue un puente permanente y propiciatorio



de nuestra amistad compartida). *Scriptor ludens* se publicó finalmente con ilustraciones de Carmen Jiménez —esposa de Ignacio Prat— en portada e interiores.

En septiembre de 1991 se produjo mi separación matrimonial; el juez me concedía un plazo máximo de cuarenta y ocho horas para abandonar el domicilio familiar. Tuve que hacerlo de prisa y corriendo, sin tiempo para procurarme otro domicilio donde alojarme y alojar los enseres imprescindibles para mi acomodo; además, el futuro económico inmediato a causa de las estipulaciones establecidas en la sentencia se me presentaba ciertamente precario, circunstancias todas que llegaron (sin duda por boca de Alfredo Saldaña) a oídos de Túa Blesa y de Elena Pallarés. Tengo para mí que la amistad —la verdadera amistad— tiene un valor intrínsecamente superior al amor. El grado supremo de desinterés y de generosidad que habita en la amistad auténtica no es propio del amor, ni siquiera del amor absolutamente correspondido. Dejádme parafrasear a Virgilio: *omnia vincit amicitia*. La prueba que apuntala mi entera convicción me fue ofrecida de inmediato por Túa y Elena: la munificencia de su gesto al prestarme gratuitamente, aquel septiembre de 1991, un apartamento donde pude alojarme durante tres años hasta reorganizar mi vida y mi economía; añadid que tampoco tuve que pagar ningún gasto relativo a su mantenimiento. Me turba la emoción cada vez que recuerdo este gesto que jamás olvido entrañado en la superior generosidad que sólo puede expresar una amistad magnánima y liberal.

Llegarían luego los congresos organizados por el Departamento de Lingüística General e Hispánica de la universidad de Zaragoza con Túa Blesa al frente en torno a las figuras de Gabriel García Márquez, de Jaime Gil de Biedma, de Miguel Labordeta, de los Novísimos, en los que pude echar una modestísima mano logística. Estos congresos estaban siempre tocados por la envidiable mano estética de Elena Pallarés, una suerte de acción y materia artística impregnando cada programa de mano, cada invitación, cada folio, agenda..., cada detalle, en fin, que los hacía únicos. Así tuve la fortuna de conocer a Iris M. Zavala, ponente del congreso sobre García Márquez, con quien trabé una buena amistad. En el viaje en automóvil hacia Zaragoza, aprendí a valorar la importancia de los movimientos feministas latinoamericanos; me habló de ello con pasión, convicción y verbo riquísimo. Esta anécdota daría para algo más pasado el tiempo. En el trayecto de ese viaje Barcelona-Zaragoza, más o menos a la altura de Peñalba, en plenos Monegros oscenses, se puede observar alguna elevación de tierra que la erosión del viento ha dado forma de pirámide truncada, muy parecida a las precolombinas. Ambos advertimos a la vez esta muestra singular del paisaje y, tras la sorpresa, Iris lo trasladó a un discurso sociohistórico sobre América del que ya no me bajé hasta llegar a Zaragoza. Coincidimos de nuevo, un año más tarde, en el «Congreso del amor» que Túa había organizado en la localidad pirenaica de Benasque (Huesca) y le recordé la anécdota piramidal. Iris no sólo la tenía muy presente en su memoria, sino que me aseguró que la había incluido —y así fue— en la novela que estaba entonces escribiendo (*El sueño del amor*, aparecida en Puerto Rico en 1998). Cuando esto escribo (5 de junio de 2020) me llega la noticia de la muerte de Iris M. Zavala el pasado 10 de abril en Madrid a causa del coronavirus. Una lamentable y muy triste noticia para mí y para los amantes de la literatura y de sus enfoques feminista, anticolonialista y social.

Volvió a reunirnos a todos (Túa, Elena, Alfredo) un meritísimo proyecto literario: el libro-homenaje al profesor Félix Monge Casao (Madrid, Gredos, 1995), en cuya redacción técnica participé por expreso deseo de Elena Pallarés y que me proporcionó la oportunidad de conocer a María Antonia Martín Zorraquino, a quien, desde entonces, aprecio en mucho y que estaba, junto a Túa, al frente de la coordinación y edición de la reverencia filológica al catedrático de Mainer.

Y, claro, tras treinta y nueve años de encuentros frecuentes, esporádicos, ausencias prolongadas, reencuentros fortuitos, citas librescas, los recuerdos se amontan: el acuario de su casa con henioscos, corydoras y escalares; los conciertos de «Doctor Túa y los Graduados», *punk* del bueno (del original, quiero decir) con el que habrían flipado John Rotten y el pobre Sid Vicious; largas conversaciones telefónicas con Elena, y lecturas, muchas lecturas de sus «Atopías»; de las formas del cuento de Ana María Moix; las *Gimferrerías* (¡cuánto le gusta a Túa Gimferrer y la imagen de la boa gimferreriana!), las *Logofagias*, la reciente poesía póstuma de L. M.^a Panero, [*En*] *el nombre de Jaime Gil de Biedma*; lecturas, en fin, que seducen por —lo diré una vez más— la distinción y la divergencia de quien es sin dudarle uno de los más profundos conocedores (quizá el mayor) de la poesía española de los últimos cincuenta años.

El 8 de enero de 1990 moría Jaime Gil de Biedma; en enero de 1991 Túa Blesa coordinaba junto a la Institución Fernando el Católico-CSIC e Ibercaja el segundo coloquio en torno a la figura del poeta que recordaba el primer aniversario de su muerte. Recuerdo la presencia en aquella mesa de José Luis Rodríguez García, Ángel Petisme, Túa Blesa, Ildefonso-Manuel Gil, Ana María Navales, Joaquín Sánchez Vallés, Antón Castro y yo mismo. No sé si me dejo a alguien; lo que sí sé es que agradecí a Túa la invitación a participar en esa mesa porque me cedía la oportunidad de contar una anécdota maravillosa que me sucedió con el poeta nacido en Barcelona, a quien encontré al azar en el aeropuerto de Barajas en noviembre de 1976 y con quien mantuve una conversación de media hora aproximadamente. Poco antes de despedirnos me entregó, allí mismo manuscrito, el poema «El miedo sobreviene», manuscrito que, naturalmente, guardo con gran afecto.

El magisterio y la amistad de Túa Blesa me procuran la constante curiosidad por el aprendizaje y la satisfacción de contar con él, pero me proporcionó la ocasión de conocer de cerca el mundo académico y su desenvolvimiento, me concedió diversas oportunidades para que mi vida literaria se impregnara de otras vidas y dialogara con ellas; aunque, sobre todo, me mostró que las bondades que adornan retórica e idealmente la conducta humana carecen de sentido si no se realizan, ofreciéndome más de un motivo para constatarlo y mantener así la esperanza de que, a veces, la retórica conserve una mínima dosis de certeza. Ésta es la gran enseñanza que he extraído de su amistad y se lo agradezco infinitamente.

Y ahora toca desvelar un secreto: Túa Blesa es una de aquellas poquísimas personas que conocen la verdadera personalidad de Odiseus Himnó.